

EN MI BIBLIOTECA

Edward Forster *

En mi biblioteca se entra y se sale en un instante, pues la mayoría de los libros se encuentra en una misma habitación. Tengo algunos más en una alcoba, una salita de estar y un armarito del cuarto de baño, pero la mayoría está en lo que por cortesía llamaremos biblioteca. Se trata de un estudio muy acogedor y espacioso, de ocho metros por seis. El techo es alto y está pintado en blanco; el papel de la pared, ribeteado de filigranas blancas, y el sol, cuando luce, lo hace a través de grandes ventanas del primitivo gótico victoriano. Incluso cuando no hay sol, el estudio se conserva abrigado y lleno de claridad, pues está orientado al mediodía. Pegada a las paredes hay una docena de estanterías de madera de diversas alturas y tamaños, un par de las cuales está bastante bien y el resto es corriente. En medio de la habitación se levanta un curioso objeto: una librería que antaño perteneció a mi abuelo. Por delante tiene un pequeño anaquel que sustentado en dos columnillas torneadas de madera, sobresale del resto del mueble, y la parte posterior tiene un lustre reluciente. Hay quien dice que en otro tiempo fue un mueble-cama. Ha permanecido en semejante posición en medio del estudio por espacio de más de un siglo (hay que decir, a todo esto, que mi abuelo fue clérigo rural); pero sea o no un mueble-cama, es original

Tomado de FORSTER, Edward. *Ensayos Críticos*. Madrid: Taurus, 1979.

** *Edward Morgan Forster*. Nació en Londres el 1º de enero de 1879. Dedicado a la literatura se destacó como crítico, narrador y ensayista; debe principalmente su fama a unas cuantas novelas inspiradas en un sentimiento de piedad humana, admirables por el fino análisis de las relaciones sentimentales entre los personajes y la hábil construcción de los argumentos. Perteneció al grupo de Bloomsbury; hicieron parte de este grupo: Virginia Woolf, Lowes Dickinson, T. S. Eliot, Roger Fry, Duncan Grant, Maynard Keynes.

Algunas de sus obras son: *Donde los Angeles temen pisar*, *Habitación con Vista*, *Pasaje para la India*, *El viaje más largo*.

y tiene un cierto encanto; por mi parte, he tratado de llenarlo con libros que den una impresión de seriedad acorde con su pasado. Están, entre otras, las obras teológicas de Isaac Barrow, trece volúmenes en piel de becerro, estampados con escudos de los colegios universitarios; las obras de John Milton, en cinco volúmenes y con una encuadernación semejante; el Diario de Evelyn, en piel de ternera, el Tucídides de Arnold, Tácito, Homero... También pueden verse entre los anaqueles las obras de mi abuelo, títulos como *Un lenguaje primitivo*, *El Apocalipsis como clave de sí mismo* y *El Mahometismo desvelado*. ¿Ha leído el lector las obras de mi abuelo? ¿No? Pues yo tampoco.

Mi abuelo, pues, es una de las influencias que pueden apreciarse en mi pequeña biblioteca. No llegué a conocerlo. Debí ser una persona un tanto sorprendente; tenía un carácter dogmático y adusto, y estoy seguro de que no aprobaría la compañía de algunos autores con los que se ve obligado a codearse en la actualidad. Muy cerca, en una estantería entre las dos ventanas, acechan obras de índole bien diferente —Anatole France, Marcel Proust, Heredia, André Gide—, el tipo de francés cuyos precursores condenó en un sermón que predicó a sus feligreses en 1871 con ocasión de la caída de París. Resulta irónico que el libro que más aprecio de entre todos los suyos sea precisamente francés; me refiero a la *Biographie Universelle*, gran enciclopedia en 52 volúmenes que data de 1825. Cada volumen lleva impreso su majestuoso ex libris, junto con el escudo familiar y el ex libris de Sir James Mackintosh, su anterior propietario. Está muy deteriorado —tiene los lomos prácticamente desprendidos—, pero es una valiosa obra de consulta, de esas que ayudan a pasar el rato, y de fácil lectura. Por lo demás, carece del más mínimo atractivo; su fecha de publicación es anterior a la quiebra del orden universal establecido, y de vez en cuando vale la pena volver a aquellos tiempos, porque nos tranquilizan.

La otra influencia que debo señalar es la de su hija, mi tía. Yo fui su heredero, y antes de poder recogerme en mi actual morada tuve que vender o desprenderme de la mayoría de sus libros. Conservé los que más me gustaban, justo los suficientes para recordar su refinada y atractiva personalidad. Era una solterona de carácter fuerte, al tiempo que una gran lectora sobre todo de buena prosa: Trollope, Jane Austen, Charlotte Yonge, Malory, sólidas biografías de victorianos cabales, es lo que he heredado de ella. También libros de pájaros, como los de Bewick y Morris. Los pájaros me traen a la memoria su ex libris. Tenía uno precioso y muy original consistente en una filigrana circundando un escudo, a través de la cual asomaban

imágenes de pájaros, perros y hasta una ardilla —una representación en pequeño de la multitud de criaturas vivas que se acogían en la finca de mi tía, en donde llevaba una vida tranquila, feliz y tremendamente productiva—. Mostró de siempre un gran interés hacia los trabajos de artesanía, hasta el punto de seguir unas clases de repujado en cuero que se daban en el pueblo. Hacía las veces de dibujante y artífice: diseñaba y realizaba las cubiertas de los libros que montaba posteriormente el encuadernador, y mis anaqueles (a los que volvemos ahora) se enriquecen con varias muestras de su destreza manual. Entre otras, las Cartas de Charles Darwin (a quien llegó a conocer en persona), Praeterita y Giotto de Ruskin (éste, un magnífico volumen en lomo de cerdo, con la legendaria O del Giotto y las iniciales de ella misma). A raíz de su muerte, regalé a un amigo oriental la más lograda de todas sus encuadernaciones, el Rubaiyat de Omar Khayyam. Todavía hoy echo de menos tan maravilloso libro y confieso que me encantaría tenerlo en mi poder; parece como si aún estuviera viendo el precioso dibujo con que decoró la cubierta del libro —jugadores de polo inspirados en una antigua miniatura persa—, un dibujo para el que la sobrecubierta actual no pasa de ser un pobre sucedáneo.

No obstante, soy un hombre de mi tiempo, de ahí que deba referirme a mí mismo y no demorarme más en influencias ancestrales. ¿Qué he aportado yo a mi biblioteca? No mucho, deliberadamente. Nunca he sido coleccionista, y por lo que a la manía de coleccionar primeras ediciones se refiere, la situó a la par que el coleccionar sellos; menos no puedo decir. Es pueril y expone al bibliófilo a todo tipo de tropelías por parte del librero. No sé debería caer nunca en manos de los libreros. Por lo que a mí respecta, soy un amante del interior de los libros, de las palabras que contienen —un libro sin abrir es casi tan poco inspirador como una botella de vino bien tapada con su corcho—, y por mucho que me gustan una esmerada impresión, una buena encuadernación o los viejos volúmenes, en última instancia todo depende de las palabras: palabras, el elixir de la vida. Esta opinión mía es, no me cabe duda, la correcta; pero hasta la misma corrección tiene sus desventajas, y me siento forzado a admitir que mi biblioteca, en la medida que es obra mía, es más bien un revoltijo. Aquí hay un libro, allí otro, y lo cierto es que no hay los suficientes libros de una determinada materia como para que constituyan una nota dominante: libros de la India y escritos por los hindúes, poesía moderna, historia antigua, novelas americanas, libros de viajes, libros sobre el estado del mundo y el mundo del estado, libros sobre la libertad individual, álbumes artísticos, el Dante y libros

sobre el Dante . . . todos ellos con una marcada tendencia a desbordarse mutuamente, por no mencionar la consabida ciénaga de folletos que hay que drenar periódicamente. La falta de instinto de coleccionista que me caracteriza, unido a la falta de espíritu selectivo, se han combinado con una encomiable variedad de intereses para formar una biblioteca que, ciertamente, no dejará impresión definida alguna entre los visitantes.

No tengo ex libris propio (¿demasiado modesto?, ¿o demasiada molestia?), y ni siquiera soy capaz de colocar bien los libros (¿es mejor por temas?, ¿por tamaños?). Un viejo Froissart de gran tamaño ¿debe estar junto al Atlas del Time o al lado de un pequeño Phillipe de Commines? No los sacudo ni limpio el polvo tanto como debiera, ni paso una capa de aceite a los lomos de piel ni los tengo bien alineados: no están sometidos a una disciplina. Sólo por la noche, apagadas las luces, cuando las cortinas están echadas y el fuego chisporrotea en el hogar, vuelven en sí, alcanzando una dignidad colectiva. Resulta particularmente agradable sentarse con ellos un par de minutos a la luz del fuego del hogar, sin leer, ni siquiera pensar, pero a sabiendas de que ellos, con la sabiduría acumulada y el deleite que contienen, aguardan el momento de ser utilizados, y que mi biblioteca, en su imperfección, es sucesora de las grandes bibliotecas particulares del pasado. “¿Presta usted los libros?”, puede preguntárseme en voz alta llegados a este punto. Sí, y no me los devuelven, y a pesar de todo sigo prestando libros. ¿Pido libros en préstamo? Sí, y a mi alrededor puedo ver algunos no devueltos. Estoy por la falta de honradez recíproca. Pero la propiedad de las cosas me produce un particular placer, que aumenta a medida que me hago más viejo. Es algo semejante, aunque no tan fuerte, al deseo de poseer tierras; y, como todo lo que es posesión, no llega a las raíces de nuestra naturaleza humana, raíces que son de carácter espiritual. El deseo más arraigado que hay en nosotros es el afán de comprender, y eso es precisamente lo que quería señalar al decir que lo importante en los libros son las palabras —palabras, el elixir de la vida—, no la encuadernación ni la impresión, no el valor de la edición ni el que pueda tener para el bibliómano, ni las páginas por cortar.

El libro favorito es tan elusivo como el pudín favorito, pero lo cierto es que hay tres escritores que me gustaría tener en cada habitación, de modo que me bastara con alargar la mano para alcanzarlos en cualquier momento. Son Shakespeare, Gibbon y Jane Austen. En mi biblioteca hay dos Shakespeare y otros dos están prestados, un Gibbon y otro prestado, un Jane Austen y otros dos prestados. Así

pues, estoy bien surtido. Y, ¡no faltaba más!, tengo algún que otro Tolstoi; pero ya es más raro que uno quiera a Tolstoi en todas y cada una de las habitaciones. Shakespeare, Gibbon y Jane Austen son mis preferidos, pero en una biblioteca se piensa sobre todo en Gibbon. Gibbon amaba los libros, pero no dejó en ningún momento que lo dominaran; sabía cómo utilizarlos. Su busto podría muy bien presidir la biblioteca de mi abuelo. . . para indignación suya.